

la naturaleza y las disidencias de los descontentos. Los españoles volvían á aparecer ante los ojos de la nación tlaxcalteca, que al emprender la lucha les creyó vencibles, con el prestigio con que aparecieron por la primera vez en las playas mejicanas. Cada soldado castellano parecía defendido por una deidad tutelar que le hacia invulnerable, preservándole para cooperar á un noble y elevado fin. El bravo Jicotencatl y sus valientes compatriotas no podían explicarse de otra manera el haberles visto salir triunfantes de las reñidas batallas en que debieron ser víctimas.

El general tlaxcalteca dirigió una mirada hácia el campamento español, al irlo á perder de vista, preocupada su imaginación con la elevada idea que tenia formada ya de los extraordinarios extranjeros que en él se hallaban.

Los soldados españoles, que le veían alejarse, volvieron á sus alojamientos, al ver desaparecer en el horizonte las capas blancas y rojas que flotaban en los hombros de los nobles que acompañaban al distinguido guerrero.

## CAPITULO XXXII

Los embajadores mejicanos aconsejan á Cortés que no acepte la invitación de los tlaxcaltecas.—Cortés les ofrece permanecer seis días en el campamento.—Escribe á la Villa Rica todo lo acontecido.—Abundancia de víveres en el campamento español.—Desinterés de los tlaxcaltecas con los españoles.—Nuevos enviados de Moctezuma con regalos para Cortés.—El senado de Tlaxcala pasa á visitar á Cortés á su campamento y le suplica que pase á la capital.—Cortés les ofrece pasar al siguiente día.

La fortuna parecia encargada de dirigir las cosas en favor de Cortés. La embajada mejicana llegada en los momentos en que el senado de Tlaxcala desistia de la lucha, y la presencia de Jicotencatl ofreciendo la paz y el reconocimiento á España cuando los mensajeros de Moctezuma se hallaban presentes, produjo un efecto doble, favorable al jefe español. Los enviados mejicanos

temieron que entre castellanos y tlaxcaltecas se estableciese una alianza que tuviese por objeto llevar la guerra á Méjico. Los embajadores de la república se ausentaron recelosos de que los primeros tratasen de malquistarles con los extranjeros. El antagonismo entre las dos naciones era terrible, y de ese antagonismo veía brotar Hernan Cortés los seguros medios para dar feliz cima á la empresa que, desde aquel momento, se presentaba despojada de las grandes dificultades de que la habia visto rodeada.

Los embajadores mejicanos, al ver alejarse á los enviados por el senado de Tlaxcala, trataron de introducir en el corazon del caudillo castellano la desconfianza hácia los ofrecimientos que le habian hecho. No debia, en concepto de ellos, dar crédito á las promesas de fidelidad que acababan de hacerle, ni pasar á la ciudad de Tlaxcala, porque bajo las protestas de amistad, no se escondia mas que la infame intencion de conducirle, con engaño, al corazon de la república, para alcanzar en la capital lo que no habian podido conseguir en campo abierto. Para dar fuerza á la opinion emitida, le recordaron la conducta doble que habia observado el gobierno tlaxcalteca, ofreciéndole franca amistad por medio de sus mensajeros, y enviando á la vez sus numerosos ejércitos para destruirle. No era igual la conducta observada por el emperador de Méjico. En todos los pueblos de su dominio habian recibido los castellanos manifestaciones de aprecio y jamás la menor hostilidad: se les habia provisto de víveres y de gente; se les habia facilitado cuanto necesitaban, y el mismo emperador no habia cesado de enviarles magníficos presentes que indicaban el profundo aprecio que les consagraba.

Hernan Cortés les contestó que no tenia mas que motivos de gratitud hácia los mejicanos; pero que no por esto queria manifestarse ingrato con las demás naciones que le ofrecian su amistad. Habia obrado, con efecto, el senado tlaxcalteca con doblez; pero podian ser sinceros sus últimos ofrecimientos, y no debia, por el error pasado, desechar la buena voluntad presente. Su deseo era la paz con todos los países. Si, pues, los tlaxcaltecas se la habian ofrecido de buena fé, la aceptaria gustoso; pero si la invitacion á que pasase á la capital envolvía doblez y dolo, iria á ella para exterminarles; pues para los españoles, lo mismo era verse acometidos en las ciudades que en el campo, de dia que de noche (1).

La determinacion de Cortés persuadió á los embajadores mejicanos de la inutilidad de nuevas observaciones para hacerle desistir de su marcha á Tlaxcala. Anhelando, sin embargo, poner en conocimiento de Moctezuma los acontecimientos operados, antes de que se dirigiese á la capital de la república, le suplicaron que permaneciese por espacio de seis dias sin dejar su campamento. Le manifestaron que el objeto era marchar dos de ellos á Méjico, de donde estarian de vuelta en el término fijado, con las instrucciones de su soberano. Permaneciendo el real en aquel

(1) «Y Cortés respondió con semblante muy esforzado, y dijo que no se le daba nada porque tuviesen tal pensamiento como decian; é ya que todo fuese verdad, que él se holgaria dello para castigalles con quitalles las vidas, y que eso se le da que den guerra de dia que de noche, ni que sea en el campo que en la ciudad; que en tanto tenia lo uno como lo otro; y para si es verdad, que por esta causa determina de ir allá».—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

sitio, podrian entrar en el territorio tlaxcalteca sin exponerse á ser molestados en el camino por sus mortales enemigos, cosa que seria muy difícil conseguir si se veian precisados á internarse hasta la capital de la república.

Cortés les prometió esperar los seis dias; y dos de los mensajeros se pusieron inmediatamente en camino, quedándose los otros en el campamento español.

El general castellano miró como una circunstancia feliz la solicitud de los enviados aztecas, porque durante aquel tiempo podia curarse de las calenturas que le aquejaban, y conocer la intencion recta ó falsa que al proponerle la paz abrigaba el senado tlaxcalteca.

Reinando la mejor armonía entre los vasallos de las provincias sujetas á Moctezuma y los españoles, y terminada la campaña con los tlaxcaltecas, la comunicacion con la corta fuerza castellana que habia quedado en la Villa Rica se encontraba libre. Hernan Cortés, aprovechando aquella favorable circunstancia, escribió á Juan de Escalante, comunicándole detalladamente todo lo acaecido, y recomendándole que favoreciese á los pueblos totonacos que se habian manifestado leales y francos amigos.

El campamento español se convirtió, desde el momento en que se celebraron las paces, en un animado mercado lleno de vida y de placer. Todos los habitantes de los pueblos comarcanos acudian al real castellano, llevando gallinas, pan de maíz, tunas (higos chumbos) y cuanto producía la tierra. Nunca con mayor desinterés y buena voluntad ha sido obsequiado huésped ninguno, como lo fueron los españoles por los leales tlaxcaltecas. La hospitalidad parecia el sentimiento natural de todos los pueblos

comprendidos en aquella vasta region que llegó á conocerse con el nombre de Nueva España. Diariamente acudian con abundante bastimento, que llevaban de sus casas y lo conducian, gustosos, «sin que quisieran tomar por ello, dice Bernal Diaz, cosa ninguna, aunque se lo dábamos».

Los soldados castellanos, agradecidos á las muestras de deferencia de los nativos del país, procuraban corresponder á sus favores con lo poco que tenian.

La abundancia de alimentos y la tranquilidad del espíritu, hizo recobrar la salud y el vigor al ejército entero.

Cortés se manifestaba satisfecho del noble proceder de sus nuevos aliados, y diariamente recibia respetables mensajeros enviados por el senado, suplicándole que pasase á la capital, donde era esperado con afán. Pero el jefe español habia prometido á los embajadores mejicanos permanecer allí seis dias, y no podia, hasta no terminar el plazo señalado, abandonar el sitio en que se hallaba.

Antes de expirar el término fijado, llegaron los dos embajadores mejicanos, en union de otros cuatro principales señores de la corte, seguidos de gran número de criados que conducian otro rico presente de Moctezuma para Hernan Cortés. Iban vestidos con los trajes mas espléndidos usados entre ellos, y pertenecian á lo mas selecto de la corte. El regalo correspondia á la fama del emperador que lo enviaba. Ricas joyas de oro y plata, de caprichosas formas, figurando aves, mariposas y diversos insectos; preciosos brazaletes del mismo codiciado metal, ostentando exquisitas piedras, cuyo valor ascendia á tres mil pesos de oro, y doscientas piezas de ropa de finísimo

algodon, constituian el régio presente. El jefe de la embajada, al entregar el regalo, felicitó á Cortés, de parte de su emperador, por el feliz término de la campaña, y le aconsejó, en nombre del mismo soberano, que rehusase la invitacion del senado para pasar á Tlaxcala, pues temia que fuese un lazo tendido para hacerle daño.

El jefe español contestó á los nuevos embajadores como habia contestado á los primeros, manifestando su resolucion de marchar á la ciudad, donde castigaria severamente á los que tratasen de ofenderle.

Las embajadas enviadas por Moctezuma al campo español, tenian en profunda inquietud al senado de la república. Conociendo el carácter astuto del monarca mejicano, temia que inclinase el ánimo del jefe español á una alianza contra la nacion tlaxcalteca. Viendo que las reiteradas súplicas, enviadas con diversos mensajeros, no habian sido obsequiadas, resolvieron presentarse los mismos gobernantes en el campamento español.

La visita fué anunciada en los instantes que llegaban al campamento.

Los cuatro señores que se hallaban al frente de los destinos de la república, se presentaron en lujosas andas, conducidos en hombros de sus vasallos, y seguidos de un lucido y numeroso séquito, en el real español.

El regocijo causado por la presencia de ellos en el ejército castellano, fué extraordinario. Aquella visita indicaba, de una manera inequívoca, que la promesa de paz y amistad era sincera.

Cortés, acompañado de sus capitanes, salió á recibirles á la puerta de su alojamiento, con las demostraciones de

la mas alta consideracion. Despues de los saludos acostumbrados por una y otra parte, les suplicó que se sentasen. Aceptada la invitacion, tomó la palabra el anciano senador Jicotencatl; y en un breve, pero sentido discurso, expuso el objeto de la visita. Dijo que si cuando le creyeron aliado de Moctezuma se armó la república entera para combatirle, la república entera estaba en aquellos instantes preparada para recibirle con regocijos y fiestas en la capital, ávida de manifestarle que excedia el aprecio hácia el amigo, al encono experimentado cuando le creyeron contrario. Leales en la amistad, como habian sido tenaces en la guerra, no podia el senado, por decoro de la nacion y por aprecio y respeto al elevado carácter del que era ya su poderoso aliado, permitir que permaneciese en un punto pobre y escaso de recursos, cuando era la capital el sitio que le correspondia. Añadió que el senado, anhelando proporcionarle en la corte las comodidades á que era acreedor y comprometerle á que aceptara las ofertas hechas con la mas sincera buena fé, habia tomado la determinacion de ir á suplicarle que pasase sin más demora á la capital, esperando que no veria desairada su súplica (1).

Cortés, con semblante agradable, les expresó su profunda gratitud; les dijo que la precision de esperar á los embajadores de Moctezuma le habia obligado á permane-

(1) «Todos los señores me vinieron á rogar que me fuese á la ciudad, porque allí seria mas bien recibido y proveido de las cosas necesarias y no en el campo, y porque ellos tenian vergüenza en que yo estuviese mal aposentado, pues me tenian por su amigo, y ellos y yo éramos vasallos de Vuestra Alteza». Segunda carta de Cortés.

cer en aquel sitio; pero que les prometia marchar al siguiente dia á la capital.

La alegría brilló en el rostro de los nobles senadores. Habian temido las asechanzas de Moctezuma, y quedaron tranquilos con la promesa del jefe español. Contentos del éxito de su visita, se despidieron de Cortés, ofreciéndole enviar el número de indios necesarios para llevar los cañones y bagajes, y saludando con afecto á oficiales y soldados, volvieron á la ciudad, llevados en andas sobre los hombros de sus esclavos.

Todo era júbilo en el ejército español. La guerra habia terminado. El ilustre senado de Tlaxcala, no solo acababa de ratificar la alianza celebrada por medio del joven Jicotencatl, sino que espontáneamente habia dado su obediencia al rey de España, declarándose su vasallo.

Ya no encontrarian enemigos que les disputasen el paso.

La marcha hácia la capital del imperio mejicano se haria sin obstáculo, puesto que Moctezuma se manifestaba obsequioso y atento.

Estos eran los ensueños que acariciaban la mente de los soldados españoles.

Veremos si se realizaron.

### CAPÍTULO XXXIII

Marcha Cortés á Tlaxcala.—Ovacion que el ejército recibe en todos los pueblos del tránsito.—Brillante recepcion hecha por el senado y el pueblo á los españoles.—Aspecto pintoresco de la ciudad.—Descripcion de la hermosa capital.—Sus edificios; sus mercados; costumbres y carácter de sus habitantes; ajuar de sus casas.—Atenciones con los españoles.—Buena armonía entre éstos y los tlaxcaltecas.—El senado presenta cinco hermosas jóvenes, hijas de los principales caciques, á Hernan Cortés, para que las dé por mujeres á sus predilectos capitanes.—Cortés suplica al senado que dejen la idolatría y abraze el país el catolicismo.—Contestacion del senador Jicotencatl.—El padre Olmedo hace ver á Cortés la inconveniencia de insistir en que dejen sus idolos.—Pide Cortés que se le ceda un templo para su religion, y se le concede.—Se bautizan las cinco virgenes indias, y Cortés las entrega á cinco de sus oficiales.—Consigue Cortés que no se sacrifiquen víctimas humanas y pone en libertad á los que estaban destinados al sacrificio.—El senado da exactas noticias á Cortés del gran poder de Moctezuma.—La república de Huexotzinco envía á Cortés una embajada ofreciéndole su alianza.—El principe Ixtlilxochitl, hermano del rey de Texcoco, envia sus embajadores á Cortés, ofreciéndole su ejército para combatir á Moctezuma.—Cortés respeta las autoridades y el sistema de los pueblos que se le unen, dejando á los caciques con las mismas facultades que hasta entonces.—Consulta el camino que debe tomar para ir á Méjico.—Los embajadores mejicanos le invitan que lo haga por Cholula los tlaxcaltecas por Huexotzinco.—Nueva embajada de Moctezuma con un rico presente.—Se dispone la marcha á Cholula.

1519. Era la madrugada del 23 de Setiembre  
Setiembre 23. de 1519.

Hernan Cortés, cumpliendo la promesa hecha el dia anterior á los cuatro senadores de la república, se dispo-